

DIEZ CUENTOS

POR

LEANDRO PERDOMO

DIBUJOS

DE

MANOLO MILLARES



LAS PALMAS

1953

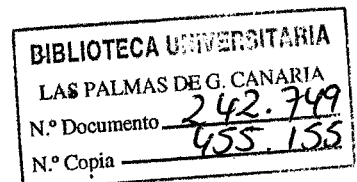
A mi amigo José María y su familia.
En recuerdo, José María, de aquella
estatuitilla encontrada en la Roma-
ca y de Alcazar cuando oí:
Esto se lava, se pinta, y se vende.
Con toda la amistad

Leónidas Pertinax

Prado 21 - Madrid 55



DIEZ CUENTOS



DIEZ CUENTOS

POR

LEANDRO PERDOMO

DIBUJOS

DE

MANOLO MILLARES



LAS PALMAS

1953

(Queda hecho el depósito que marca la ley
Reservados todos los derechos)



Retrato del autor

A mi madre, ya vieja, y a la madre de mis
hijos, estos cachos de vidas de hijos

L. P.

CUENTO I

D. PEDRO Y SU ANILLO

—¡Veinte colorados!— ~~G~~ritó Don Pedro incorporándose enérgico en la butaca.

—¡Van ~~conmigo~~ los veinte colorados!— ~~V~~ociferó un señor gordo.

Siguió el partido y, como siempre, perdió Don Pedro.

Un billete blanco, planchado, con olor a ropero, se fue como tantos otros.

Pero sepamos quien es D. Pedro. D. Pedro es un individuo chiquitito, de un poco más de un metro de estatura, moreno, de pelo negro ensortijado formando una complicada trama de múltiples anillos superpuestos. Algunos de estos anillos ya blanquean, pues D. Pedro «pica» de los 50 años.

Me unió una amistad con D. Pedro de pura fórmula. Yo, en aquel tiempo, acostumbraba ir los sábados al Frontón. Allí estaba siempre el hombre, alardeando de sus conocimientos y su difícil técnica de acertar los partidos. «Era diario espectador y sabía él bien lo que se traía entre manos», decía. Pero D. Pedro perdía siempre. No había ganado un partido entre miles, por lo que se hizo tan popular que sus bienes de fortuna eran objeto de los más diversos comentarios. No obstante nadie sabía la verdad, nadie osaba confirmar nada. El perdi-

doso constituía un misterio en aquel ambiente viciado del Frontón.

Calculaban unos la pérdida de D. Pedro en cuarenta mil duros. Otros, más comedidos, dividían por dos esa cantidad; y algunos sobrepasaban la suma ambas hipótesis. D. Pedro, que muchas veces oía a sus «colegas», se limitaba a sonreír con aquella abierta sonrisa dorada por el diente.

No se sabía, pues, el dinero exacto que había perdido D. Pedro en aquellos tres años y pico que acudía solícito a la llamada ensordecedora de ese sutil deporte de la pelota contra la pared. Lo que se sabía, sí, era que D. Pedro no ganaba un partido, y que D. Pedro iba derecho a la ruina si no estaba arruinado ya.

Las más variadas conjeturas seguían circulando en torno a la figura de D. Pedro, tan chiquitita. Su vida, sus ocupaciones, su dinero, continuaba siendo un misterio en aquella atmósfera de afanes y frustradas riquezas.

Pero un día, el tupido velo que parecía irrompible empezó a rasgarse por los costados como una pieza de tela guardada y podrida. Parece ser que alguien acertó a ver a Don Pedro comprando un anillo; un anillo de metal, de a dos reales. Movido por la curiosidad, lo acechó y siguió por las calles. D. Pedro, después de largo caminar (el caminar de D. Pedro no respondía a su estatura), penetró en un zaguán y desapareció. Al rato, ya estaba el hombre otra vez en la calle. Pero el asombro de su seguidor fué grande. D. Pedro ahora no era el mismo D. Pedro. D. Pedro se había transfigurado completamente. El sombrero, las gafas y el bigote hacían de ~~D. Pedro~~ a D. Juan, a D. Manuel; a cualquiera menos a Don Pedro. Parecía hasta más grande.

La incógnita estaba resuelta. De aquel anillo de D. Pedro, D. Juan o D. Manuel, malabaristas finos en el arte de manipular con la «piedra filosofal», muy pronto sacaron un billete, dos billetes. Estos son los billetes que todos los días D. Pedro, durante años consecutivos, ha venido depositando sin cesar en las arcas sin fondo de su adversa suerte. (¿Cuarenta mil duros? ¿Sesenta mil?)

D. Pedro, un tiempo después, dejó de aparecer por el

Frontón. Como pasaran varios meses pensé si se había muerto. Pero un día, de repente, me lo tropecé en la calle. Fué la casualidad quien me lo deparó. D. Pedro no dudó en abrirme de par en par las aceras y puertas de su vida. Necesitaba diez duros y si no hacía ver palpable su invocada necesidad estaba expuesto a quedarse sin comer. Sus palabras me fueron sonando a confesión de moribundo.

—Mire usted—empezó—, hoy le pido diez duros para comer, yo, que derroché una fortuna en el juego. Tengo nota en mi casa de los anillos vendidos y pasan del medio millón. Yo, ingenuo de mí, creía que eso de los anillos iba a durar siempre. Pero la guerra..., la guerra trae esas cosas. ¿Quién vende hoy un anillo si ya los del campo saben más que los de la ciudad? Se acabó el paleta, amigo, y con él mis bienes de fortuna. Además estaba tan acostumbrado al oficio, que llegó a ser para mí un deporte, un vicio. Era como una cacería. Había que otear, seguir el rastro, apuntar la pieza, cobrarla... En fin, usted se hará cargo.

D. Pedro se fué con mis diez duros. No lo he vuelto a ver más. Puede que a estas horas esté muerto completamente. Pero todavía la figura de D. Pedro vive en el recuerdo, y todavía es frecuente oír su nombre como ejemplo del hombre que era muy rico y siempre perdía en el juego, arruinándose por su mala cabeza.

CUENTO II

EL MAMONCITO

Un grito desgarrador de entrañas sacó al señor Peláez de su estupor. ¡Padre! ¡Padre al fin!

Dos noches sin sueño ni descanso esperando en el desván la hora de ser padre. Ya lo era. El lloriqueo incesante del recién nacido llegaba hasta su aturdimiento como una canción lejana, extraña.

Vencido por la vigilia, el señor Peláez cerró los ojos. Pero no dormía. Tenía el cuerpo lleno de mortal amodorramiento y el alma ^{hinchada} de un gozo inexplicable y nuevo. ¡Padre! ¡Al fin padre! El misterio de la procreación, de la inmortalidad; el misterio de la perdurabilidad de la carne que apesta y pudre la tierra se había roto inundándole la existencia de desconocidas ilusiones. ¡Padre! No quería creerlo. ¿Qué había hecho él para merecerlo? ¿Qué había hecho él, ^{un} pobre hombre común, vulgar, para que Dios lo premiara de aquella manera? Y fué, como una película, desfilando por su mente el pasado. No había nada de extraordinario en ella, en la insulsa película de su vida. Trabajar, comer, dormir. Dormir bien y comer mejor trabajando poco y fácil. Igual que todos, igual que los otros. ~~peor~~ peor que los otros. Los otros estaban, en cierta ma-

O no, peor aún,

nera, justificados. El, no. Los otros podían estar cargados de defectos; ellos no le habían pedido a Dios un milagro, y él sí. El, por tanto, tenía que ser distinto, haber merecido y merecer la distinción de Dios. El tendría que superarse, cambiar, y con hechos agradecerle a Dios aquel milagro del hijo inconcebido. Porque triunfó su fe. Los especialistas habían confirmado la infertilidad y se habían equivocado ante aquella fe oculta de su corazón.

Se prometió el señor Peláez, en aquellas horas de inefable aletargamiento que siguieron al nacimiento de su hijo, un nuevo rumbo y nuevas singladuras en un mar distinto a la intrascendente nave de su vida.

¡Hombre de firmes convicciones el señor Peláez! Pasados los primeros días de retumbante algarabía, pasados los momentos de alegre confusión que consiguió trajo el nuevo miembro de la familia Peláez, D. Manuel llamó aparte a su costilla y, encerrándose con ella herméticamente en la habitación, habló de esta manera:

—Quería, mujer, desde el primer instante decirte algo muy grande. Yo, María... soy otro hombre; y como soy otro hombre desde hoy mismo dejo de ser D. Manuel Peláez para ser Manuel Peláez a secas, humildemente, mansamente. Y ya sabrás lo que quiero decirte con esto. Quiero decirte, mujer, que se acabaron las fiestas, el abundante comer, la vida piola y fácil. He de rehacer mi vida, rehacerme ante la mirada de Dios. Tú sabes que a costa de mucho nos hemos dado la vida que nos hemos dado: Hombres durmiendo bajo puentes y portales, mujeres vomitando sangre, niños sin leche..., tu lo sabes. Tu sabes, María, que en ese tiempo nuestros estómagos han repugnado el exceso. Tu sabes de los mil placeres convertidos, de los satisfechos apetitos, de los goces apurados del dinero..., tu lo sabes. Pues bien, eso se ha terminado. Desde hoy, desde este instante, considérate pobre. Pobre como cualquiera, como el que más. Porque... (Aquí el Sr. Peláez hizo una pequeña pausa por ahogo), porque sabrás que he

·dado cuanto poseo a los desgraciados. En adelante el pan será pan verdadero, [↓]sudor... Así podremos merecer la dicha concedida. [↓]será

Como lo dijo lo hizo. Manuel Peláez era un obrero más en la comunidad de hombres laboriosos y esforzados que siempre hay. Había dejado la felicidad material de la riqueza por la felicidad espiritual de la renunciación y la fe. Era un obrero más, con su lucha por el sustento, con su dolor sobre las espaldas cansadas, con sus pequeñas alegrías del hogar. Manolín, su pequeño Manolín, aun era un tallito tierno en los brazos de la madre; un mamoncito. Pero ya crecería. Con su trabajo y sudor él lo sacaría adelante. Él haría de su hijo un hombre verdadero; él forjaría al hombre en el que podría mirarse, en el que seguiría viviendo más allá de la carne...

Volvía Manuel Peláez del trabajo y no veía la hora de llegar para quedarse contemplando al mamoncito. Ya el mamoncito empezaba con los primeros peninos. ¡Qué gracioso, qué rollizo y qué bueno era el mamoncito!

Y así fueron pasando los días, las semanas, los meses. Y pasó un año. Y la desgracia terrible se cernió de repente anadando el alma de Manuel Peláez hasta el delirio, hasta lo increíble. Fué una noche en que estando el mamoncito dormido su mujer le dijo:

—Manuel..., no quería decirte nada, ^{pero} ~~mas~~ tengo que hacerlo. Nuestro mamoncito, Manuel, pasa ya de la edad en que todos los niños hablan, y nuestro mamoncito todavía ni «pío»...

Decir que una bomba cayó a los pies de Manuel Peláez es decir poco. Vamos a decir que Manuel Peláez se quedó como si le hubiesen dado un palo en la cabeza. Vamos a decir más; vamos a decir que Manuel Peláez estuvo sin conocimiento veinticinco minutos. Cuando Manuel Peláez se recobró salió disparado y no volvió hasta hacer levantar al médico corriendo y aparecer con él.

Según el doctor fué hablando hay que haber visto el rostro de Manuel Peláez para creer en la multiplicidad de colores que es capaz la tez humana en un momento. Cuando el doctor se fué, Manuel Peláez sufrió otra fatiga de veinticinco minutos.

Necesitó Manuel Peláez bastante tiempo para reponerse de aquel golpe fatal del destino. Pero al fin, sacando fuerzas de flaqueza, el hombre logró serenarse. Ahora había que hacer frente más que nunca a la realidad.

Convencido de que su hijo era lo que había dicho el médico, "un retrasado mental, un bobo", no le quedaba otra alternativa que conformarse con aquella jugarreta del misterio oculto o romper con la fe que se había creado.

—Lo que yo tomé por bendición de Dios venía a ser risa del diablo—decía y se echaba el pobre a llorar.

Manuel Peláez siguió batallando, trabajando, llorando constantemente su desgracia. Hasta que se convenció de lo amargo que es ser pobre sin ilusiones, sin aquella ilusión tan grande del hijo. Y un día, después de pensarlo mucho ~~tiempo~~, se resolvió a la vida de antes, a recuperar por todos los medios la anterior felicidad del dinero. Y lo consiguió. No en vano había sido él D. Manuel Peláez, el comerciante, el mago de la compraventa. Dedicado al antiguo oficio de comprar y vender cuyos tejemanejes de precios, tasas y orillos poseía con categoría de experto, muy pronto Manuel el obrero fué otra vez D. Manuel Peláez, el comerciante.

Pero necesitó el hombre varios años. En ese tiempo el mamoncito fué creciendo vertiginosamente. Y se hizo el mamoncito un medio hombre. Ya hablaba. Ya tenía una sombra de prometedor bozo y ya hacía hasta sus preguntas a la gente. Ya lo dejaban salir solo a la calle.

Salía el mamoncito y se sentaba en el Parque (de San Telmo). Allí se pasaba las horas muertas viendo jugar a los

niños y riendo con ellos las travesuras infantiles. Esa era la vida del mamoncito.

Pero un día, estando el mamoncito como siempre sentado en su banco, se armó un gran rebumbio en la muralla que contiene las rompientes frente al parque. Habíase caído un niño y el pobrecito se debatía entre las olas furiosas. Y se reunió mucha gente a contemplar la tragedia inesperada. Las mujeres lloraban y los hombres daban gritos, ~~pero~~ el salvador no aparecía. Aquellos hombres, aquellos seres vestidos de hombres, aquellos caballeros agarrotados por el miedo cobarde no hacían sino gritar. Fué el momento en que alguien se abrió paso enérgicamente y se lanzó al agua.

Pero el mamoncito, el pobre, no sabía nadar. Perdió la vida bajo el niño que se abrazó a él en la desesperación y en la desesperación logró salvarse flotando sobre el cuerpo sin vida del mamoncito entre las olas.

Cuando le dieron la noticia al padre dicen que dijo: «Mi hijo era hijo del milagro, y era un santo. Yo perdí la fe y por eso lo perdí. No era para este mundo. Bienaventurados los pobres de espíritu porque»...—y rompió a llorar.

CUENTO III

EL SOLTERON

El solterón era la comidilla diaria de comadres y vecinas. Tema favorito en toda reunión familiar: el solterón.

Pero no solamente la avanzada y madura soltería de don Fernando era lo que hacía de él una figura interesante. Había algo más. Porque D. Fernando no era un solterón cualquiera. Circunstancias hubo que lo elevaron a ejemplar único en la especie.

Figura, originalidad y dinero. He aquí tres dimensiones, tres magnitudes del hombre. Ellas hicieron de D. Fernando al émulo, al prototipo.

Verdaderamente la estampa personal de D. Fernando rebasaba los límites de lo vulgar. Copia exacta, perfecta, del hidalgo a la antigua, sus poses no estudiadas podían ser la envidia de cualquier marqués de novela.

Don Fernando tenía ideas propias. Los juicios, las apreciaciones de D. Fernando eran sentencias. Su voz, música deslizante. A veces D. Fernando semejava un doctor con su fácil y abundante palabra, melosa, armoniosa...

El se explayaba. El siempre llevaba la voz cantante. En la charla diaria del café él abordaba los temas más dispares y siempre salía airoso. Pero tema favorito, tema «sorrobajado» y

manido, la vida. Todos los días D. Fernando divagaba sobre la vida. La vida y el hombre era su fuerte. «Explicación y orientación del hombre en la vida» sería el título póstumo de la obra que dejaría a la humanidad como herencia. Decía: «Porque el hombre, si ha de vivir, no se casará. El amor es pura garanvaina, y el hombre que se casa, un vaina». Y después: «El matrimonio, amigos míos, es una desdicha humana, una calamidad. ¿Qué hombre que no sea un suicida o un tolete unirá su vida, su posición, su fortuna, a ese despreciable ser de Schopenhauer, imperfecto; animal imperfecto de cabellos largos y nimia inteligencia que dijo el filósofo? Ese ser que llamamos mujer no puede ofrecer garantía alguna de felicidad y menos aun de perfección»... Esas y otras por el estilo eran las originalidades del caballero D. Fernando.

Otro don, otro adorno, otra cualidad que hacía de D. Fernando algo extraordinario, era que D. Fernando no trabajaba, no había trabajado en los días de su vida. Nació rico por su padre y seguía, sin padre, rico.

Don Fernando, pues, era la máxima representación, el cacique ideal.

Pero lentamente se fraguan los grandes acontecimientos que un día, sin nadie esperarlo, estallan llenando el ambiente de confusión. Así surgió lo que iba a conmovier de confín a confín la paz de un pueblo. Lentamente, como si nada estuviera pasando, a alguien se le ocurrió dudar de la hombría de D. Fernando, y lentamente, como si nada fuera a pasar, la duda fué albergándose, extendiéndose...

Muy pronto la figura toda de nuestro hombre de arriba abajo estaba acribillada. Objeciones y más objeciones, pareceres que fueron convirtiéndose en formal, ineludible acusación. Hasta el punto de sus más adictos pasarse al bando denostador si no tomaba una resolución inmediata, la que fuera, con tal de sofocar el fuego que ya quemaba. Don Fernando, si quería salvarse, tenía que ir derecho al matrimonio. No había otra alternativa. Era decisivo que el solterón, el cincuentón, dejara inmediatamente su preciosa soltería. Duro, duro como el calicanto sería pero había que hacerlo.

Ante los hechos, D. Fernando, aquel hombre tan sereno,

aquel hombre tan tranquilo con sus nervios puestos a las más duras pruebas, empezó a tambalearse como una momia en su pedestal de endiosado. Y empezó a sentir susto, un susto integral. Si quería seguir siendo D. Fernando, el héroe, el prototipo, el amo del pueblo, tenía que demostrar ante el pueblo su nunca demostrada capacidad. Porque era verdad que había remontado esa empinada cuesta que cuesta canas y arrugas y no se le había visto nada, «ni el menor indicio». El, sí, tuvo en su juventud múltiples novias, muchachas guapas y hermosas que habían suspirado en vano en pos de su figura. Pero no era óbice. Quizá... quizás eso complicara más la cosa. Quizás ese afán de revolotear como inquieto gorrión sin posarse no fuera otra cosa que «no encontrar agrado en la rama». ¡Cuántos tiernos corazones, cuántos cuerpos de andar de sirena habían llamado a su puerta, cuerpos y corazones hoy marchitos! ¡Cuánta sangre como pólvora había reclamado el fuego de su sangre!...

Eran muchos los cargos. «No hay que pensar en el caso Amiel», decía algún versado. D. Fernando tenía que obrar rápidamente antes que se convirtiera en un fantasma el pecado de Sodoma. Un solo caso se había dado en el pueblo, hacía mucho tiempo, y el interfecto sucumbió apaleado por aquellos hombres de antes, por aquellos abuelos de recia sangre como sus recias barbas.

El desenlace, pues, se presentaba inminente. Se había buscado y rebuscado en el pasado de D. Fernando como en una cueva oscura. Y se seguía buscando. El pueblo entero estaba a la expectativa. No se podía esperar y D. Fernando, un día claro como el desierto, dejó su soltería.

Se casó D. Fernando con la moza más guapa y hermosa del lugar. Por ella habían perdido el sueño muchos hombres. El cuerpo de aquella mujer era más que una promesa, más que una bendición, más que la vida...

A D. Fernando lo enterraron al siguiente día de la boda. Quedó muerto en los brazos de su mujer, abrazado a ella.

Hay quien diga que D. Fernando murió de amor. Hay quien diga que el alma de D. Fernando no resistió el choque brusco al despertar la dormida ansia envejecida.

CUENTO IV

LOS TRES OFICIOS DE SANTIAGO “EL GANGA”

Cuando Santiago el Ganga llegó a Las Palmas no pensó en los mil contratiempos que se le iban a presentar a través de los días. Llegó el Ganga en un vaporcito pequeño, chato, pintado de blanco con su arrogante y empinada chimenea manchando de intenso negro el claro cielo porteño. Al ver las enormes moles trasatlánticas atracadas al gran dique, al quedársele los oídos zumbando como un cigarrón entre los bocinazos majestuosos y el roncar sordo de las grúas, Santiago el Ganga respiró a pleno pulmón. Lo que estaba contemplando era la estampa soñada de su vida. Se encontraba, al fin, en una gran población, próspera, prometedora. La visión del Puerto lleno de mastiles y chimeneas, anclas, calabrotos y otros artefactos de carga y descarga, le aborrotó de optimismo el pecho y una gran ilusión le fué subiendo por todo el cuerpo, hasta la cabeza. «Esta es una gran ciudad—se dijo—; aquí hay abundancia, no me engaño. Aquí trabajaré y aquí medraré. Aquí está mi América».

Cruzó el viajero la estrecha escala y, maleta en mano y pequeño maletín bajo el brazo, dejó el muelle raudo como cualquier hombre de acción. En la calle, rehusó el ofrecimiento de un chiquillo que por una peseta se hacía cargo del equipaje. En el parque (de Santa Catalina) el Ganga sorteó el acoso de los limpiabotas repartiendo varias veces 1,50. Poco después quedó instalado en su Pensión de a dos duros la noche dormida. Comer ya comería él por ahí.

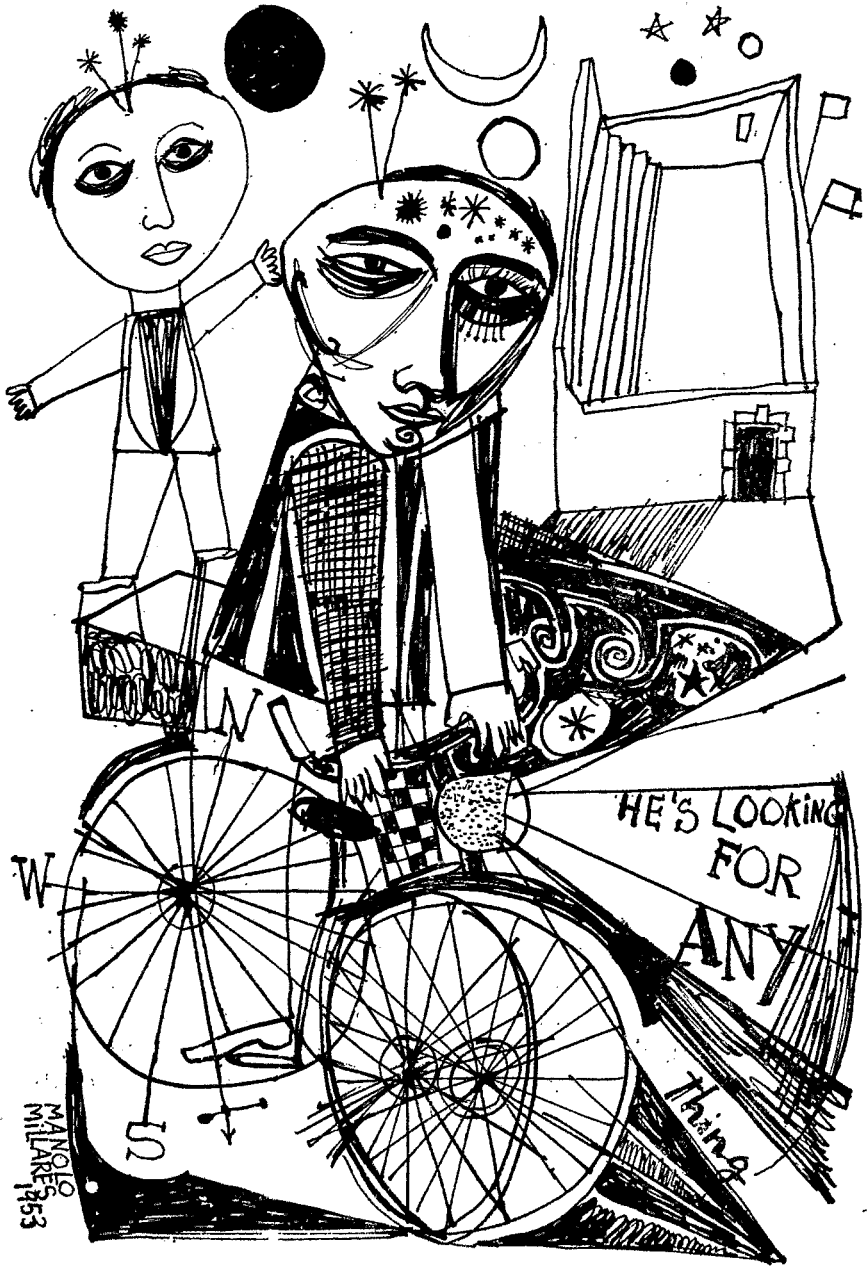
Los primeros días, nuestro hombre los dedicó a pasear. Quería conocer palmo a palmo esta «tierra de promisión». Ya empezaría a trabajar. Tenía algún dinero, unos cuarenta duros más o menos, y no había que preocuparse. Después metería el pecho donde fuera y a buen seguro que, de no ser un zoquete reverendo, aprovechar sabría las ventajas de un país abundante y muy pronto hasta girar a su pueblo esperaba. Eso era cosa hecha.

Santiago el Ganga recorrió uno a uno todos los muelles. Él siempre, desde pequeñito, había tenido ciertas aficiones maríneas. Después, un día, se bañó en la playa y como un turista más elogió la rubia arena, el clima y las mujeres. Luego (en guagua, naturalmente) se fué a Las Palmas. Allí entró y salió de la Catedral, dió una vuelta por la Plaza del Mercado y, al tercero día, listos los cuarenta duros. «Ahora, a trabajar».

Está el hombre sentado en un banco del Parque, pensando. Piensa que ya que es imposible un empleo no tendrá más remedio que «dar pata» en la calle. Entre los diversos trabajos de ambulante que se le han presentado, empezará por los Seguros, seguros modestos de defunciones; si éste no le cuadra se irá al otro, al de corredor de bebidas; y si tampoco llega a convencerle, le «pegará», por último, al de agente publicitario.

Duró el Ganga tres días siendo agente productor de seguros. Abandonó la carpeta con sus papeles cuando, después de tocar en setecientas setenta y siete puertas, le salió una vieja en Guanarteme que, a media lengua (no tenía la vieja un solo diente), le dijo: «Mire usted, hijito, ¿quién piensa en el cajón si hay que pensar constantemente en la barriga? Ustedes se empeñan, además, en venir a limosnear por los barrios, por estos barrios pobres, muy pobres»... Santiago el Ganga salió disparado. Le dejó la carpeta con sus papeles al director y no apareció más por allí.

—Fijese usted... ¡Este ron!, ¡este vermut!, ¡este moscatell!, ¡este tintol!, ¡este blanco! Mejores precios ni mejor calidad ni mejor solera ni etc. etc., se consiguen, etc. — El Ganga, sofoca-



MANOLO
MILLARES
1953

HE'S LOOKING
FOR
ANY
Thing

do, hizo alto en su repertorio. El dueño del bar, que no había chistado, se «repollinó» en la barra y como distraído o como no distraído le espetó por lo bajo, casi en el hoyo mismo de la oreja: «Angelito... angelito: ¿no comprendes que los bares se cierran a la una y hay mucho guardia?» El Ganga salió volado. Al rato iba por las calles como un sonámbulo. No podía comprender. Se lo habían repetido, le habían dicho miles lo mismo y aun no caía. Dos botellas de vino y una de ron había logrado vender en medio mes, y eso por lo que fué, porque todos le decían lo mismo, que ya tenían, que tenían sus clientes fijos, que existía una hora de cierre y había guardias que vigilaban esa hora. Santiago el Ganga al día siguiente estaba en su nuevo trabajo de agente publicitario.

—Esta es una gran revista, ilustrada, muy costosa, orgullo cierto de las letras canarias... Su comercio de usted es un gran comercio, señor, un gran comercio y... **E**Y no se percató usted del individuo que salía cuando usted entraba? Ese se llevó el anuncio/.

Santiago el Ganga duró el mes completo en su último oficio. Había logrado ganarse en ese tiempo dos duros, ni más ni menos. Pero siguió, siguió en el trabajo porque tenía que saber qué era eso que le contestaban todos: lo del individuo que salía cuando él entraba. Y lo consiguió. Porque se enteró que además de su revista había otras revistas: revista de Sanidad, revista de Hacienda, revista Municipal, revista del Ejército...

Después de esta «etapa laboral» no se vió más a Santiago el Ganga en nuestra ciudad. Unos suponen que a estas horas se encuentra en su pueblo pensando ^{en} sobre la emigración. Otros lo hacen ya muerto, muerto completamente; pues dicen algunos que últimamente se le vió descalzo y roto en un bochinche del Puerto y que, al acercársele el camarero con la minuta, el maltrecho Ganga pidió que le sirviera 1,25 de fideos.

CUENTO V

ALMA ANACRONICA

El viejo pajarraco tiene las alas paráliticas. Con el estómago dispéptico y las plumas apolilladas está listo, es túmulo en el tiempo. El viejo pajarraco no sirve ya para nada. Ni siquiera los turistas, esos tipos de mirar vacío y sin aspiraciones, se paran a mirarlo.

Ese viejo pajarraco—el lector enseguida se habrá percatado—es el centenario, caduco, ñoño y senil pajarraco del romanticismo; que dejó de volar hace tiempo; que está caído; que está de sobra...

Felipe Isa era un romántico. Romántico a carta cabal. Cada hecho, cada palabra, cada gesto de Felipe Isa era amor, sentimiento. Y no amor y sentimiento cualquiera, vulgar, de esos que se encuentran por ahí, en cada esquina. Era el suyo amor puro y sentimiento puro, del bueno, del que no tiene mezclas ni mixtificaciones.

Desde jovencito Felipe Isa miró el mundo con sus ojos bondadosos. El era un pozo de bondad. Para él todo era bueno; bueno el hombre, buena la mujer, bueno el orbe y la creación entera.

—Qué lástima—se decía Felipe Isa por aquella época juvenil de sus primeros pasos por el mundo afectivo de la amistad y el amor—, qué lástima que se hayan terminado esas personas malas de antes que se lee en la historia y los libros. No habiendo ladrones y asesinos no podrá uno luchar contra ellos y ser héroe. Si yo hubiese nacido en esa época hoy se

citaría mi nombre como ejemplo del hombre que no descansó hasta extirpar el mal donde estuviera. Qué Amadís, ni Don Quijote, ni qué San Pedro. Yo, Felipe Isa, el santo, el valiente, el abnegado...

Monólogos como este y otros de no menor calibre embargaban la mente del joven Felipe Isa allá por los años primeros y sus primeros pasos en el mundo afectivo de la amistad y el amor.

Pero como todo pasa, así pasó la juventud de Felipe Isa. Pasaron sus primeras amistades y sus primeros amores. Y se hizo hombre. A los 23 años era un hombre con toda la responsabilidad del hombre. Su madre, ya vieja, y sus siete pequeños hermanos, veían en él al padre. Su padre murió un día aprisionado bajo las ruedas traseras de una guagua y desde entonces él sustituyó a su padre en el trabajo y fué el padre de aquellos hermanitos desamparados. El era para ellos el sustento, el porvenir, todo...

Estará por demás decir, pero vamos a decirlo, que la experiencia de Felipe Isa en estos años fué terrible. Mas el alma de Felipe Isa era de un temple poco común; era de un temple inforjable. La amistad, los amores...

¡Palabra hueca esa palabra de la amistad! Aquel amigo tan querido, aquel Andrésillo con el que siempre compartió las pequeñas alegrías desapareció raudamente cuando lo vio venir a menos al morir su padre. El otro, Tomás, Tomás el de doña Tomasa, que siempre lo buscaba para ir al cine cuando le faltaba dinero. Este Tomás lo mismo: se alejó y se alejó al medrar doña Tomasa en el negocio de tejidos y no faltarle nunca un duro en el bolsillo.

¿Y el amor, y los amores?... Para Felipe Isa fueron clavos, púas, espinas incrustadas hasta lo hondo en su corazón romántico. La bella Isabel, que lo abandonó por un maestro de escuela que se hacía pasar por catedrático. La dulce Alicia, siempre sonriente, siempre llena de gracia y llena siempre de coquetería con los encopetados caballeros que le daban su sitio en la guagua y la miraban de una forma mortificante para el pobre Felipe. Esta un día se fué al cine con un comerciante mientras Felipe hacía guardia como infeliz Romeo en la esqui-

na. Y la otra, la rebosante Rosa, la Rosa de cuerpo apretado como un cuchillo en su vaina; la rosa de todos los vientos marcando rumbos a su paso. ¡Oh, esta Rosa! Esta Rosa con su cuerpo era capaz de todo. Felipe iba a su lado siempre, siempre como un imán, pegado, sin separarse un instante. Felipe Isa parecía, era un ronsal enganchado a su Rosa. Así y todo la Rosa un día, no se sabe si por el viento impetuoso de aquel otoño o por qué arte de la naturaleza oculta, quedó sin un solo pétalo que Felipe pudiera aprovechar. Desapareció de la noche a la mañana. Se fué a recorrer mundo con un comisionista ibérico.

Pero hemos dicho que el alma y el corazón de Felipe Isa fueron forjados en el yunque extraordinario de lo inforjable. Felipe Isa, después de tantas amarguras y desengaños, seguía creyendo en la amistad, en el amor, en la bondad, en todo lo bueno y bello de la vida. Y es que Felipe Isa era un romántico.

Los días para Felipe Isa en esta época se sucedían un tanto monótonos. Gracias a los sueños, unos dormido y otros despierto, en los que la imaginación remontaba los vulgares horizontes que acordonaban su existencia. Pero lo peor, lo que hacía sentir al hombre tedio y aburrimiento hasta la exaltación, era el oficio, la terrible y majadera rutina de cambiar billetes en la ventanilla hora tras hora como una máquina automática de repetición. Y se acordaba de su padre, que hizo de máquina cuarenta años.

No obstante Felipe Isa, hombre bueno, abnegado y con el corazón henchido siempre de compasión y amor, no sólo soportaba por los suyos aquella vida de motor sino que socorría con sus pequeños ahorros a todo el que se le acercaba contándole alguna pena.

Así ocurrió lo que tenía que ocurrir. Felipe Isa era así, y por ser así, sucumbió; como sucumbe todo lo que es anacrónico. En el siglo de las luces no pintan nada la vela y el candil. En esta sociedad metalizada en la que el cobre y el bronce han llegado a precios de oro y el oro se ha convertido en suprema aspiración de los hombres; en esta sociedad maniatada, ahogada por el ollín y toda clase de ruidos que produce el hierro, lo que no sea hierro, ni cobre, ni bronce, ni

oro, está de sobra. Así sobraba el alma de Felipe Isa; era anacrónica. El alma de Felipe Isa era blanda, arrugable, tierna como el tallo tierno. Al lado de las almas de chatarra, duras como la chatarra, podridas como la chatarra, de aquellos hombres y aquellas mujeres que rodeaban su vida, el alma de Felipe Isa tenía que desaparecer. Porque Felipe Isa, repetimos, era un romántico.

Ocurrió que estando el hombre en su cotidiana labor de máquina llegó, como un cliente más, una hermosa dama. Después de la reglamentaria operación de entrega y cambio, un mirar cálido, suspirante, dejó al pobre empleado clavado en su asiento como si fuera ya definitivamente algo indesclavable. Se fué la dama y el corazón de Felipe estuvo todo el día latidos y más latidos. Y al siguiente lo mismo. Y al tercero. Hasta que no puda más y, dejando el trabajo un día, salió detrás de la dama como una exhalación, sonámbulo, desalado. Y es que—hay que darle a cada cosa lo suyo—es que ^{una} fuerza terrible lo empujó; esa fuerza terrible del corazón que late y se desborda.

Arrodillado y llorando como un niño, Felipe Isa implora, suplica el amor de la que para él es poco menos que la Venus de Milo, tanto como Cleopatra y más, mucho más que María Félix. (Así se llamaba ella, la hermosa...)

Porque María Félix, mujer fatal que conquistó y embrujó y absorbió de extremo a extremo el romántico corazón de Felipe, desdeña la poca importante figura del empleado. Ella está enamorada, loquita, como se dice, por la dura osamenta de su Felipe. Pero..., ella quiere un Felipe importante, un Felipe de grandes negocios, un financiero.

Loco, desesperado, después de mil noches sin dormir bajo la ventana alta de su Julieta en sueños, nuestro Romeo sigue enamorado con un amor limpio, puro, y piensa lo terri-

ble que será para él seguir pidiendo anticipos a Caja. El, el empleado modelo, el que sustituyó a su padre para ser padre de sus hermanos. El, que nunca había dado una queja y ya había sido reconvenido por el jefe en más de una ocasión...

Con la emoción pintada en el rostro, Felipe Isa se persona ante el jefe.

—Yo..., necesitaba otra pequeña cantidad. Resulta...—No terminó. D. Guillermo lo atajó a su tiempo.

—Resulta, pollito, que ya nos hemos enterado de todo: Para quien ha sido el dinero que nos ha ido pidiendo, la vida que usted hace con esa mujer mientras su familia... En fin, que queríamos de una vez decirle que ya no nos sirve usted. Está usted como abobado, sin poner atención en la Caja. La Caja, que tan sagrada es, que no se debe descuidar un momento... En resumen, que está usted despedido porque no nos sirve.

Así fué como perdió Felipe Isa el empleo, aquel empleo herencia de su padre. Y salió corriendo en busca de su amada. Tenía que contarle todo y ella lo acogería en sus brazos, estaba seguro, y lo consolaría y lo ayudaría hasta a buscar nuevo trabajo.

Aquel mismo día María Félix desapareció. Ya el pobre Felipe no daba nada. María Félix, dicen algunas que la conocieron, tuvo una gran suerte, pues se consiguió un artista de cine que acertó a pasar por nuestro Puerto en un gran trasatlántico y se fué con él a Hollywood.

A los pocos días, ante el desahucio inminente si no pagaba los alquileres, Felipe Isa salió como un vesánico buscando nueva vivienda para su madre y sus siete hermanos. Recurrió a todos aquellos que él había socorrido tantas veces con sus ahorros. En todos encontró la cínica negativa: «No puedo. Usted no sabe cómo estoy yo. Cada cual sabe lo suyo. La vida está muy mal. Sí... en último caso yo podría dejarlos en la habitación que tengo en la azotea, pero... ¿usted sabe lo que me han ofrecido por esa habitación? No la he alquilado porque pienso coger más, mucho más.

Felipe Isa buscó, indagó, rebuscó, y nada. No enbontraba un techo donde meter aquellos pobres hermanitos tiernos y

aquella pobre madre ya vieja, ya seca. Y entonces, acordándose de Dios que nació en un pesebre, se fué a casa del basurero. Él tenía su carro y su burro. Se metería en la gañanía hasta que después consiguiera algo, y mientras tanto el burro se podía quedar fuera, amarrado.

—Mire usted, D. Felipe. Yo lo aprecio mucho a usted y le cedo la gañanía. Pero yo quisiera que mi burro no se quedara a la intemperie...

No inauguró Felipe Isa su nueva vivienda. Limpiando la cuadra y haciendo algunas reformas que dividieran su apartamento de la presencia del burro se le vino una viga del techo encima y lo aplastó.

De esta manera acabó Felipe Isa, el hombre bueno, romántico hasta la médula, alma anacrónica, blanda, arrugable, tierna como el tallo tierno, todo sentimiento, todo amor...

CUENTO VI

EL LOQUITO

Cuando lo llevaron al Manicomio su familia lo consideró como se considera al que llevan al cementerio en una caja. Cuando llegaron aquellos hombres y lo maltrataron, cuando amarraron al pobrecito y se fueron con él dándole empujones y tirando por la cuerda ceñida en el esfuerzo, el esperanzado padre, la esperanzada madre, se quedaron como estatuas de silencio labradas en la amargura. La ilusión del hijo se hizo sombra en el corazón del padre. En el corazón de la madre quedó rota como el cristal la pena contenida.

Aunque los vecinos hablaban y decían que Pepito volvería muy pronto sano y saludable, los padres de Pepito presentían, sabían el incurable mal del hijo desgraciado.

—Su hijo sanará, a su hijo lo curarán los buenos doctores...—decían compadecidas las comadres.

—Mi hijo tuvo un mal nacer—resoplaba el viejo—, y el que mal nace mal muere...

—Dios es muy grande...—volvían las vecinas. Y la vieja madre repetía como un niño: «Pepito... mi Pepinito... Algo muy oculto siempre me dijo que no era «pa» este mundo»...

Encerrado el joven Pepín en el Manicomio y calificado por los doctores de incurable esquizofrénico con peligrosa manía criminal, los padres de Pepín, faltos de lo que era para ellos ilusión única en el mundo, empezaron a decaer, a envejecer como todo lo que no tiene en la vida misión ni ley. De viejos fuertes y saludables se convirtieron en achacosos an-

cianos, acabados. En todos sentidos acabados. Porque la tiendita empezó también a recular, a encogerse como si ninguna alegría hubiera ya en el tejemaneje de comprar y vender tan feliz de otros tiempos. Se apocaron tanto los viejos, tanto se entregaron a la pena, que muy pronto la pena acabó con el único sustento. El tenduchito, un día, desapareció embargado por unos señores gordos que llegaron formando una gran algarabía y llevándose hasta los cacharros de gasolina viejos que encontraron en el patio.

Sin su tiendita, sin su tenduchito de toda la vida, el viejo Juan y la vieja Juana fueron lanzados al duro oficio de la mendicidad callejera. Por las mañanas salía él a extender la mano bajo las puertas grandes de los templos. Por las tardes ella recorría las enormes colas de las guaguas, los cafés llenos de gente que bebe y juega, los parques, los cines atestados siempre de jóvenes alegres y viejos infantiles. Entre los dos sacaban para lo único que pedían, para mantenerse nada más hasta que Dios piedad tuviera y se los llevara de este mundo.

Los viejos sólo estaban juntos por la noche. Por las noches era cuando se entregaban al recuerdo vivificador del pasado. Si no fuera eso, ¿para qué vivían?; ¿para qué seguir arrastrando los días por las calles como se arrastra lo inservible, como se arrastra lo muerto? Gracias a la noche, gracias a aquellas horas vencidas del silencio, de infantigable recordar abrazados, acurrucados como niños sin nacer sus cuerpos...

Pero había momentos de sublevación del alma. El alma del viejo Juan siempre fué algo rebelde, un tanto inquieta. No se conformaba el hombre hasta que Dios quisiera. Es más, es que Dios no quería, estaba convencido. Dios, si fuera Dios, lo hubiera oído en sus plegarias: «Llévame, Dios, contigo. Sácame de este agujero que es la vida. Si cabe más dolor en mi alma dame más dolor; pero llévame, arráncame esto que me ahoga...; arráncame la vida»... Y el viejo se crispaba y manifestaba ideas suicidas. Pero la vieja, espíritu profundamente cristiano el de la vieja, lo volvía a la resignación desesperan-



te: «Juan..., hay un Dios, muy grande, y un cielo. Paciencia, Juan, por tu vieja»...

Muchas largas noches en la habitación dormida la voz entrecortada, senil, era un canto de letanía repetida de grillo hasta el alba: «Si me cogiera una guagua, un carro, una bicicleta... Si se derrumbara una casa y yo fuera pasando por debajo... Si me diera una pulmonía... Si un día fuera por el muelle y me cayera al agua»... «Paciencia, Juan, por tu vieja»...

Así siguieron los días y las noches para aquellas dos almas apretadas en la miseria, la vejez y la desgracia. Ya ni el aliciente del recuerdo era consuelo. Antes recordaban hechos y pasajes de otro tiempo, tan lejano, tan perdido. Ahora cuando la mente en un esfuerzo evocaba aquellos cachos de vida, el viejo caía en la imagen repetida de lo mismo: «Un mal parto..., un mal engendro. Tú vieja y yo más viejo nos casamos. Un mal parto..., un mal engendro..., te lo dije»...

Y llegó la noche en que la vieja empezó a temer por la razón del compañero. Entre sueños, el viejo se despertaba llamando a su hijo, al loquito. Y contaba con sospechosa alegría el sueño alborozado. El loquito se le aparecía como un pequeño ángel de alas blancas y le prometía llevarlo, llevárselo de aquel «agujero de la vida»...

Un día se armó un gran alboroto en la ciudad. Por todos los medios se daba la noticia de que un loco se había escapado del Manicomio y se recomendaba el mayor cuidado, pues era un loco criminal. La policía estaba buscándolo y hasta que no se capturara era de temer alguna desgracia.

La desgracia fué que cuando los agentes de la autoridad forzaron la puerta encontraron los cuerpos del viejo y la vieja abrazados en el postrer abrazo de la muerte. El loquito había degollado a sus padres en el sueño sereno de la última noche.

El loquito, cuando entraron los guardias, reía y reía dando saltos a los pies del lecho sucio de miseria y sangre.

CUENTO VII

LAS RAREZAS DE PANCHO SANTANA

Pancho Santana pasaba por un hombre raro. Extraño, salido de la tónica común, era su vivir. Pancho Santana no era uno más en la comunidad. Constituyó, por sus costumbres, su vida y su misma muerte, espíritu único en aquel ambiente insulso y abarrotado de deportes.

Época comercial y deportista. El comercio, por la tremenda afición a comerciar, era un deporte más, y el deporte, para muchos, puro comercio. Como se percatará el lector, nos estamos refiriendo a la época aquella por la que pasó nuestra ciudad allá por los años 52 al 53, época verdadera de quídanos, de exuberante gamberrismo.

Por esa época Pancho Santana vivía una vida sencilla, un tanto fácil y sin ahogos a costa de los ahorros traídos de Veaezuela. Porque él, en su tiempo, había conocido la desdicha de ser pobre año tras año, hasta la desesperación. Pero él fue uno de los que supo aprovechar el momento venezolano. El fue de los primeros en llegar a la tierra del bolívar cuando el bolívar tintineaba en la bolsa de todos los mercados; cuando el «oro negro» reclamaba brazos y más brazos. Bien empleados su arrojo de cruzar el océano en «frágil chalana» y pasar las de Colón navegando viento a la proa setenta días con sus noches. Al poco tiempo Pancho Snntana vió coronada su valentía con el éxito monetario de volver a su pueblo contando bolívares por pesetas. Fue en esos momentos cuando a las islas invadió la fiebre venezolana. De todos los rincones del

archipiélago surgieron navegantes, y zagales y cabreros que en su vida habían visto el mar se convirtieron en tritones. Barcucho incapaces de resistir el menor reconocimiento náutico partían de nuestras costas y, en sin par odisea, arribaban desmantelados al soñado puerto de La Guaira. Pero no sabían estos isleños pacíficos convertidos en aventureros cegados por el «vellocino de oro» milenario que Europa entera estaba alerta, que la mirada hambrienta de la vieja Europa no se quitaba de aquella tierra prometidora. Pancho Santana sí lo sabía, y recomendó a sus paisanos prudencia. Estos no hicieron caso y muchos fueron sucumbiendo al miserable retorno de «repatriados» ante la dura brega de italianos, polacos, alemanes, portugueses...

No se sabía exactamente el dinero traído por Pancho Santana de Venezuela. Unos decían millones; otros, como vino sin coche encarnado ni amarillo y sin muchos trajes y corbatas rimbombantes, le calculaban un par de miles y gracias. Lo cierto es que Pancho Santana vivía bien y gastaba sus perras cuando llegaba el momento, por lo que los adulones se multiplicaban a su alrededor como moscas en verano.

Y aquí, señores, empiezan las rarezas de Pancho Santana. Él no podía ver a los adulones. Los odiaba como a «asquerosos perinquenes», según sus propias palabras. Y muchos adulones defraudados le declararon la guerra diciendo que estaba loco; y otros que en América había sido gánster; y otros que en Caracas había matado una vieja y se había venido para acá con las perras de la vieja. Pancho Santana a todas estas vivía su vida sencilla, un tanto fácil, un tanto placentera...

Un día estaba Pancho Santana sentado en un bar del Parque «Santa Catalina», tomando café. Esperaba allí a un señor que le había propuesto tratar un «asunto muy bueno». Llegó el individuo, que era gordo con un traje flamante, y empezó el «asunto muy bueno».

—Mire usted, D. Pancho. Yo no sé del capital que disfruta usted, pero el negocio que le voy a proponer no necesita mu-

cho, no; con unos cien mil duros se inicia el asunto a las mil maravillas. Verá: Usted sabe que los pingües negocios del café, aceite, azúcar, etc., se han terminado. Hoy hay que ir más lejos. Aquello se consigue hoy muy fácil. Pero lo que no se consigue tan fácilmente, D. Pancho, es una casa, una vivienda. El negocio bonito está ahí: comprar y vender casas. La escasez... D. Pancho, no hay nada como la escasez para los grandes negocios...

Pancho Santana no dejó concluir a su presunto socio comercial. Levantándose y diciendo que él no trataba con degenerados estraperlistas, lo dejó con la palabra en la boca. El señor gordo con su traje flamante enseguida empezó a decir que Pancho Santana estaba loco rematado.

En otra ocasión nuestro hombre fué requerido por una pobre vieja harapienta para que fuera a su casa por caridad, pues la desgracia y la miseria se habían cernido sobre el hogar como una maldición. Y fué Pancho Santana. No en vano su fama de hombre caritativo se había hecho notoria. Ante la verdad de dos enfermos tosiendo y un anciano paralítico arrugado como la misma muerte, Pancho Santana dejó caer sobre la mano temblona y suplicante de la mendiga un billete de los grandes. Era domingo aquel día, por la tarde, y desde tan lejos a él llegaban los gritos de «¡Unión Deportiva! ¡Unión Deportiva! ¡Hurraa!», de miles de gargantas. Pancho Santana, que nunca había ido al fútbol, pensando que el espectáculo quizá le borrara un tanto la impresión de miseria grabada en su alma pagó sus cinco duros y penetró en el Estadio.

Su asombro fué subiendo como un cohete nada más cruzar la puerta. Mujeres, hombres, chiquillos, todos gritaban a porfía. Y cuando los delanteros del Unión Deportiva se acercaban a la puerta contraria había que ver los berridos, las patadas, los gestos de aquella masa humana compacta y sudada bajo el solajero ardiente. Como un cohete fué subiendo más y más su asombro cuando, aun sin poderlo creer, se convenció de que aquellas dos caras que estaban frente a él vociferando a cual más, eran las dos caras que momentos antes había dejado en sus míseros lechos tosiendo. Como una exhala-

ción se alejó de allí, y hasta el cenit se elevó el cohete al llegar a la puerta y ver que sacaban un cadáver y a su alrededor decían: «Lo mató el gol, lo mató el árbitro que pitó sin ser gol». Sin convencerse de lo que había visto, sin encontrar una explicación, la que fuera, echó a correr.

Pancho Santana, al siguiente día, juró no volver en su vida al fútbol, y no dar una perra a nadie que fuera al fútbol o fuera simplemente aficionado. Y he aquí otro motivo de locura de Pancho Santana. Cuando se le acercaba un pedigüeño y él le contestaba «que para el fútbol ni un céntimo», el pedigüeño salía diciendo: está loco, está loco...

Pero la suprema rareza, la suprema locura de su vida, fué su muerte. Pancho Santana había dicho a sus amigos que se encontraba enfermo y pensaba hacer un viaje muy largo en busca de remedio. Y lo hizo. Porque la enfermedad era efectiva y terrible. Pancho Santana, al año de volver de Venezuela, empezó a padecer del sentimiento. Y el sentimiento lo mató.

Murió lejos. Después de recorrer las principales poblaciones del mundo puso fin a sus días bajo las manos asesinas de un curandero de barrio, allá al otro extremo del mundo, en Honolulu. El Juez del Distrito recibió un comunicado oficial de aquel país que decía:

«El súbdito español natural de Las Palmas, Pancho Santana, buscó imprudente muerte al someterse a una operación quirúrgica suicida en todos aspectos. Según hemos averiguado, el tal Pancho Santana no sólo expuso «su caso» a prestigiosos cirujanos de esta localidad, sino que en diversas capitales como Nueva York, Londres, París, solicitó la intervención de varias personalidades médicas en el sentido de que se le extirpara la glándula del sentimiento, que lo tenía muy enfermo. Como en esta ciudad le dijeran lo mismo que en todas, Pancho Santana se dejó cortar por unos embaucadores que mediante el pago de una crecida cantidad se comprometieron a liquidarle la mencionada glándula del sentimiento.»

Así murió Pancho Santana, hombre raro, quizá perturbado, quizá loco...

CUENTO VIII

ESPECTRO MALDITO

Despotricaba contra el juego. Empezó a sentir odio siendo aún infante imberbe. Su abuelo fué un redomado vicioso y no sólo dió vida de perros a la santa abuela sino que derrochó y derrochó hasta el punto de los vecinos tener que pagar la caja cuando dejó este mundo. En las sobremesas, era cuando el padre de Juan recordaba la infeliz memoria del viejo jugador. «Un capital, hijo, un capital de los de antes fué el que se tiró tu abuelo. Hoy no me vería yo así, trabajando y trabajando como burro de carga y tú, hijo, no sabrías lo que es el hambre.» Raro era el día que el padre de Juan dejaba la mesa sin recitar el mismo responso.

Juan fué creciendo, y un odio sordo y profundo iba creciendo con él. No lo exteriorizaba, sin embargo. Juan únicamente maldecía el juego.

Cada mes, cada año, cada singladura del tiempo era una arruga de miseria en el alma de Juan. El alma de Juan, tan niña, se fué haciendo como una vieja tierra sin agua, surcada, hoyada mil veces por el infatigable arado de la pobreza. Bien lo decía su madre: «Los sufrimientos le van a uno comprimiendo el corazón. Los corazones de los ricos son como uvas. El corazón del pobre, hijo mío, es una pasa». Así estaba ya el tierno corazón de Juan. Su madre, aquella abnegada mujer que un día cayó fulminada por la miseria en plena juventud, qué razón tenía: «El corazón del pobre es una pasa»...

Después de tantas noches soñadas, después de tantas

noches sin sueño en las que el abuelo hacía guardia constante como un espectro maldito cargado de billetes, llegó el día de ser Juan hombre. Era ya un hombre hecho y derecho, con novia, con su pequeño sueldo de oficinista, con bigote...

Pero Juan, que había quedado sin madre hacía años, no sabía él ~~el pobre~~ que de repente, sin pensarlo, iba a quedarse también sin padre. Quedó el pobre Juan de la mañana a la noche huérfano completamente; pero de la noche a la mañana, también, el pobre Juan era rico. Su padre duró lo suficiente para, después de leerlo en el periódico, llegar a la casa y caer a los pies del hijo exclamando: «¡Ahí lo tienes, hijo, un millón. El billete está en la almohada, en el forro. El gordo... el gordo nada menos... el gordo!» Y murió al momento ahogándose y diciendo: gordo... gordo... gordo.

Lleva Juan contemplando el millón varias horas. Todos los billetes que están sobre la mesa es el millón. Está anonadado. Parece un bobo mirando y mirando el millón.

Tuvo que pasar algún tiempo para que Juan fuera dándose cuenta de su situación. Era hombre rico. Ya le decían Juan el rico; don Juan.

Don Juan empezó por ir al cine todos los días/ (Antes sólo iba una vez al mes a gallinero); después al teatro y a la ópera y, poco a poco, fué aficionándose a los deportes. Se le veía en todos los espectáculos y muy pronto fué directivo de un club de fútbol y presidente honorario de varias sociedades de recreo. Don Juan fué también «arregostándose» al aperitivo, a la buena bebida y a frecuentar las salas de fiesta nocturnas, donde encontró enseguida muchos amigos.

Al poco tiempo, D. Juan había apurado los vulgares goces que componían su existencia. Y empezó a sentir tedio, tedio y nostalgia de sí mismo, de su vida. Cada día veía que necesitaba una nueva sensación, algo nuevo que rompiera la monotonía implacable de lo igual. Y se casó. Se casó para buscar una emoción distinta. Le habían dicho que el matrimonio cambiaba la perspectiva del mundo, y se casó. Eso sí, se casó con la novia de cuando él era Juan, el oficinista.

Pero el matrimonio parece que a D. Juan tampoco llegó a convencerle. Don Juan quería algo más; no podía conformarse, atenerse a las emociones intrascendentes y sin complicaciones de crear una familia. Y siguió, fuera del hogar, buscando complicaciones.

Las consiguió. ¿Qué no consigue el dinero? Los buenos amigos de los clubs nocturnos lo enviciaron: a los clubs nocturnos, a la buena bebida nocturna, a los juegos de azar nocturnos... A todo lo que ampara la noche y el dinero.

Del póker lo llevaron a la ruleta. El millón de Juan iba enflaqueciendo, «engruñándose». Pero don Juan ya no podía retroceder. La emoción del juego lo superaba todo. Se había convertido, al fin, en un «redomado jugador». Con el vicio metido en las uñas, en el corazón, en el cerebro, don Juan no resistía la llamada incesante del antro y el garito. Porque fue descendiendo. Del póker aristocrático, de la elegante ruleta entre fracs y cuellos duros (mucho cuello duro), se pasó al «burro» entre cuellos sudados, a «la malilla» y al subastado donde se barajaba más que nada el vaho miserable del vicio de arrabal. En las postrimerías del millón se vió últimamente a don Juan «cargado de ciegos, frontones y galgos», y, en una tómbola que hay detrás del Mercado (tómbola que llaman benéfica), don Juan, una mañana de plomo, cambió el último billete.

Muerto el millón, a don Juan no le quedaba otro remedio que morir también. Y echó un día a caminar por las afueras. Calle de «Los Reyes» adelante, por el barrio de San Cristóbal, pasó un entierro; y lo siguió; y llegó al cementerio. Mudo ante la verdad, contempló largo rato el arcaico panteón familiar. El pasado, la amarga niñez y la juventud desesperada, se le vino encima, agarrotándole, espantándole como un fantasma las ansias del vivir. Y fueron rozándole el alma imágenes perdidas. El abuelo, el viejo abuelo, el espectro maldito de las hambrientas noches sin sueño. Su padre, muriéndose de emoción ante la riqueza. La pobre madre repitiendo a cada paso: «Los corazones de los ricos son como uvas»... Sintió tanta pena de sí mismo, sintió tanto asco de la vida, que

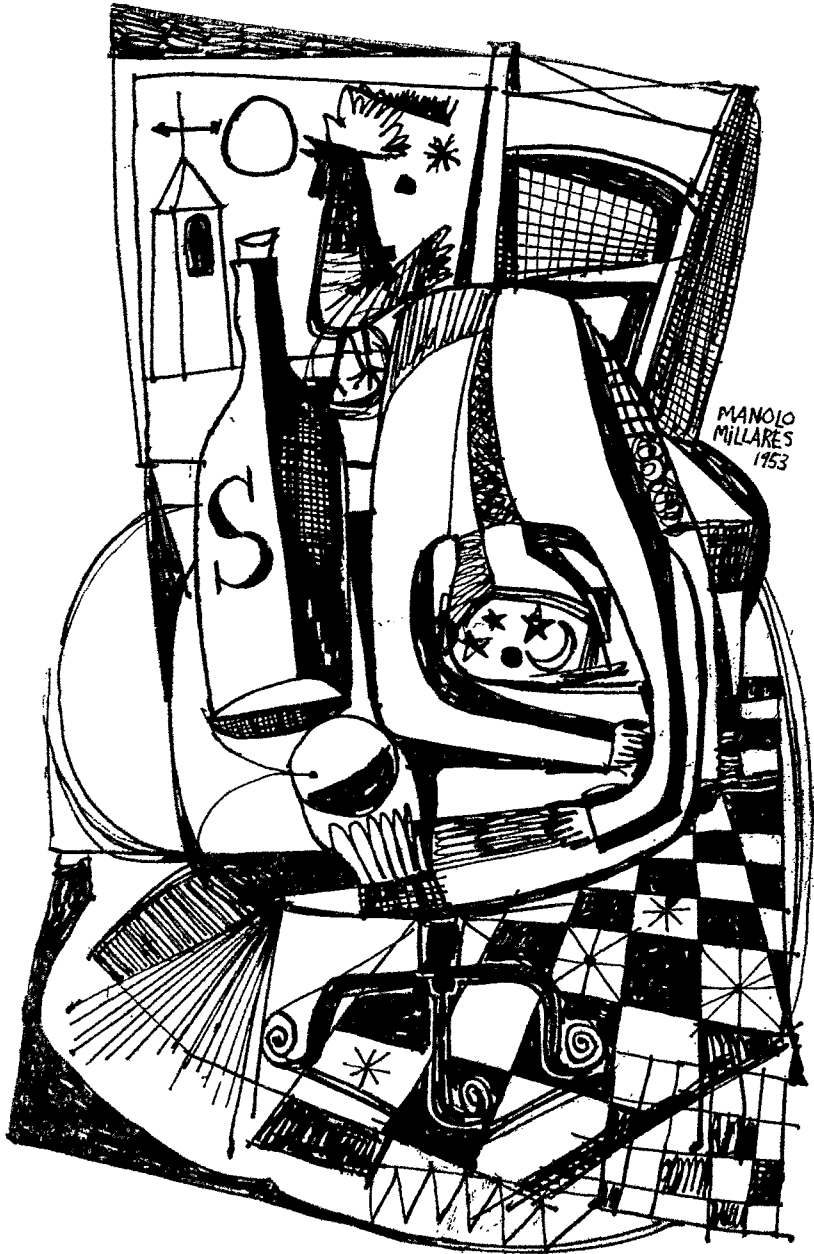
en su corazón quedó colgada la idea como algo indescolgable y definitivo.

Pero no lo hubiese hecho. Juan, al fin y al cabo, era cristiano. Luchó con el obsesionante propósito hasta que no pudo más. Y un amanecer, uno cualquiera, bailó la última danza de su vida con los pies al aire balanceándose a un lado y otro como una vulgar marioneta macabra y fea.

La viuda de Juan leyó: «Mujer, perdóname. No puedo resistir la ilusión de un hijo; porque este hijo me dará un nieto. No quiero ser para él un espectro maldito cargado de billetes».

Juan se ahorcó al siguiente día de su mujer anunciarle la nueva feliz de que iba a ser padre.

CUENTO IX



LA BOTELLA

Pesada acidez en el estómago y correr de tripas. Dolor de cabeza intenso. Una especie de temblor por todo el cuerpo.

La borrachera fué imponente. Tomás Alba bebió hasta el delirio, hasta que no pudo más y se fué al suelo desplomado. Las consecuencias las estaba soportando ahora, al despertar. Pero... ¿qué consecuencias si la noche había sido maravillosa? Fué un gozarla continuo. No sabía él de lo que era capaz el alcohol. Había que ver cómo, copa tras copa, las ideas se le iban amontonando en el cerebro; ideas nuevas, verdaderas, y las palabras fluían raudas, armoniosas, exactas. Después, la música, el canto que subía por su garganta empujando las canciones. A partir de la copa quince la música también fué nueva, inestrenada. Y luego, la mujer, el amor. Esto sí que era fantástico. Era una especie de cópula entre el cielo y la tierra, remontamiento de la vida, muerte y resurrección. De la copa veinte en adelante él amó a todas las mujeres a un tiempo, sin diferencias, sin reparos; a la jovencita y a la solterona, a la gorda y a la flaca, a la nana y a la «pirganúa». El, que casi no tenía novia porque nunca sintió ese mayor deseo, amando a todas las mujeres a la vez. ¡Benditas las copas que hacen a uno genio, sentimental, valiente!...

Tal fué la primera borrachera de Tomás Alba y tales fueron, más o menos, las conclusiones que sacó Tomás Alba de su primera borrachera.

Tomás Alba era un hombre alegre, dicharachero. Él tenía muy buenas ocurrencias, y cuando había que salir con alguna sagacidad, con un «golpe a tiempo», allí estaba él. Todas estas virtudes adornaban a nuestro hombre. Pero lo que hacía de Tomás Alba algo insustituible en toda reunión de amigos, algo esencial para el que quisiera divertirse un rato, era su maña para los instrumentos. Tomás Alba tanto «rajiaba» la guitarra como «puntiaba» el timble, tanto rascaba las cuerdas de un violín como hacía bailar la serpiente con su flauta. Tenía Tomás Alba un oído que era la envidia de muchos. Y encima de estas cualidades se destacaba con categoría de único porque, al contrario de tantos como hay por ahí, él siempre pagaba. Tomás Alba no era el tipo ese que se arrima al grupo de eufóricos y allí come y allí bebe a costa de unas folias bien tocadas, un par de chistes o una habanera. Tomás Alba siempre pagaba su ronda. Él tenía sus cachitos de tierra herencia de su padre a más del empleo y siempre, siempre, había quien le prestara diez duros cuando llegaba el caso. En definitiva, que el amigo Tomás Alba después de aquella su primera borrachera cogida por casualidad no paró hasta convertirse en el clásico juerguista. Para eso tenía él todos los dones que conceden los dioses. Y empezó sin fallar sábado. Desde media tarde (ya existía el sábado inglés) venían a buscarlo y muchas veces se lo disputaban. ¡Cuántas amanecidas! ¡Cuántas borracheras hasta los celajes del día cantando al compás del gallo!

El lector se supondrá lo que fué sucediendo con el tiempo en la persona y vida de Tomás Alba. Sabe el lector que Tomás Alba saltó de simple juerguista a borracho. Salto terrible. Muchos no dan ese salto. Muchos han llegado a viejos respetables «tajándose» su diíta en la semana para berrear y bailar sin más consecuencias. Tomás Alba nó. Tomás Alba cuando se vino a dar cuenta estaba hecho un desgraciado, un empedernido borracho. Veamos algunos pasajes de su vivir de borracho.

Está sentado en un bar con la copa delante. Es la prime-

ra este día y se encuentra aburrido, triste. Dejó el empleo la semana anterior y el hombre siente un no sé qué de no trabajar, de ser un hombre de trabajo como Dios manda. Y trata de consolarse. Y piensa que hay muchos que no trabajan y son felices. Felices a su manera, claro. Y se echa otra copa y otra. Al rato el mundo se va tornando, cambiando, mudando de color. ¡Qué trabajo ni qué ocho cuartos! ¡Qué trabajen los burros!, se dice. Y sigue pensando que la vida es mentira, una farsa. Y se siente elocuente ante sí mismo, y valiente. Nada: venderá los cachos de tierra y a vivir en contemplación, brindando a la vida, riéndose de la vida. Después..., cuando se vayan las perras, ya veremos. El es un hombre de empuje, un hombre de decisiones violentas, un hombre de coraje, pues no teme al porvenir.

Está sentado en un bar con la copa delante. Han pasado unos años. El dinero se le ha ido de las manos como algo escurridizo, sin darse cuenta. Treinta mil duros. Y eso que él siempre ha sido hombre de vino o ron. Nada de coñac ni anís ni bebidas de marca. Bueno, también se han llevado algo los médicos y la botica. Y piensa con obsesión que él, ahora al subir la propiedad, podía ser poco menos que rico. Y con el dinero haber montado un bar, que era, lo estaba viendo, un bonito negocio. No tendría el terrible sufrimiento de ver cómo se le van las últimas pesetas irremediabilmente. Pero a las quince, a las veinte copas, Tomás Alba ya no añora el dinero ni se lamenta de nada. «Yo soy un héroe. Otro estuviera llorando. Yo he vivido mi vida intensamente, de dentro a fuera. No he visto pasar mis días en la rutina de las horas muertas, secas, de todos esos aferrados a la íntima vulgaridad de la oficina y la casa, la casa y la oficina. Yo, Tomás Alba, soy espíritu único, y mi muerte será única, también, como la muerte de los héroes. Además... ¿qué grande hombre ha existido en la historia que no le haya gustado empinar el codo? Temístocles, Napoleón, Mozart, Balzac, William James... Todos, todos.»

Está sentado en un bar con la copa delante. Pero esta vez la copa está vacía. Pide, le ruega al barman un pequeño crédito y éste se lo niega. Pálido, con ojos de un mirar brillante como el vidrio, mira las botellas repletas en el estante. Allí, entre colores y letras estilizadas, entre el cristal blanco, marrón, rojo, está aprisionada la vida. Allí está él, metido, escachado. Una sola copa, un par de copas bastarían para resucitarle el alma. Pero no, las botellas están allí, mudas, hartas, intocadas, riéndose de su sed y su locura. Y sale tambaleándose de ansias. Y entra en otro bar. Y le pide al dueño de aquel bar donde él tanto dinero ha gastado—billetes y billetes y billetes—un par de copas por favor, por caridad, porque las necesita como una medicina. Y el dueño del bar, malhumorado, zafio, burlón, le contesta que no, y le dice borracho indecente y lo echa a la calle.

Esta vez no está en bar ninguno. En ningún bar entra él ya. En todos le dicen lo mismo. En todos le gritan borracho sucio y lo empujan fuera.

Esta vez va por la calle, doblado, seco, vencido. Pero esta vez algo que lleva muy envuelto lo hace caminar distinto, con cierta decisión, con prisa.

Esta vez Tomás Alba ha pescado una botella de alcohol no se sabe donde y se afana por llegar allí, al tugurio donde duerme y llora.

Allí, en la habitación, tirado contra una esquina y echando babeante y verde espuma, yace Tomás Alba. Tiene la botella trincada en su mano yerta.

A Tomás Alba lo enterraron con la botella.

CUENTO X

JOAO CABREIRO, MARINERO, VICTIMA

Una vez dije, y no me arrepiento, que para estar sentado en el cine viendo una película española estar sentado prefiero en una piedra o roca de la marea. Se ven aquí las olas, el horizonte, las gaviotas

Otras veces he dicho, y tampoco me arrepiento, que para ir al fútbol y ver lo que allí se ve,irme prefiero a caminar por esas calles, entrar y salir en cualquier café, hablar con cualquiera. En una de estas correrías fué donde conocí a Joao Cabreiro.

Joao Cabreiro es marino. Marino de pies a cabeza. Con su ondulante andar de nave, con su gorra, con su mirar verdinoso y quieto de múltiples horizontes, Joao Cabreiro representa el mar, simboliza el mar.

Típica estampa marinera Joao Cabreiro cuando llegó a nuestro Puerto a mi me pareció que nuestro Puerto fué más puerto que nunca. Resonancias porteñas por todos sitios, calles, plazas, bares. ¿Hubo alguien que comprendiera, que significara la estancia marinera de Joao Cabreiro en nuestra isla? No apareció quien se atreviera a personificar la historia. Joao Cabreiro llegó, estuvo, y desapareció. Hoy sigue entre nosotros. Pero no se le verá más en la calle, no beberá ya cerveza en ningún bar ni —estad seguros— lo volveremos a oír con su armónica llena de sal y de brisas cantar el alma profunda de los mares. El sigue aquí, entre nosotros. Mas nadie

osará verlo. Sólo una cruz, unas hierbas, una inscripción perduran.

Joao Cabreiro nació en esa bella región portuguesa de Coimbra. Siendo aún muy joven sintió un día el ansia aventurera y se fué de allí, de aquel pueblecito rumoroso y alegre donde vino al mundo y se encontraba muy solo, sin familia. Otro día llegó a Lisboa, la gran capital del alma lusa. Y otro Joao Cabreiro se olvidó del fado, del añejo oporto tantas veces amigo y de aquella chavala morena y sus ojazos y, en pirueta extraordinaria de navegante sin título, cruzó el océano. Así empezó su correr por el mundo de puerto en puerto. Cruzó todos los mares, marcó todos los rumbos, hasta que apareció aquí, en este Puerto nuestro internacional, cosmopolita, de la Luz y todo lo demás.

Joao Cabreiro me contó muchos cuentos. Todos, la mayoría, cuentos terribles donde siempre él tomó principal parte. Naufragios, piratería, contrabandos, capitanes locos, tripulantes locos, locuras marineras al llegar a tierra, fantasmales apariciones en alta mar, mónstruos marinos...

Yo pude haberle creído todo a Joao Cabreiro y contarlo aquí. Pero pienso que no quiero hacer novela y menos hacer cine. Por eso estas líneas se limitan a narrar la postrer singladura, la etapa final de la vida de Joao Cabreiro. Porque el lector podrá apreciar que todos los cuentos que componen esta publicación son cuentos veraces, reales, en cierta forma vividos por el autor. Es decir, que no me decido a escribir lo que mis ojos no hayan visto ni mis oídos hubieren percibido o mi sensibilidad, a través del ambiente social vivido, no haya detectado ciertamente.

Lo que tantas veces le ocurriera a Joao Cabreiro en otros puertos le ocurrió en Londres: emborracharse y perder

el barco. Pero esta vez no esperó allí a que su nave un día volviera, ni merodeó por los muelles ni se esforzó por encontrar nuevo empleo. Esta vez Joao Cabreiro, contando su dinero (mil dólares justitos), se acordó de aquel amigo español de Tánger y su consejo: «Joao, cuando tengas un día algún dinero que gastar, vete a España».

En Barcelona, población escogida para sus improvisadas vacaciones, le dieron a Joao por sus mil dólares cuarenta mil pesetas. Pero no las disfrutó, el pobre. (Ya se le puede llamar pobre). Porque al rato, a poco de salir del Banco, quedó escurrido, limpio. «Gústame este empezar—dice Joao que se dijo—gústame no más este principio de diversión española». Y esperó límpito un mes en la ciudad de los condes. Esperó porque lo dejaron sin poderse mover. Hasta que el ratero—vamos a llamarle ratero—tuvo la delicadeza de un día enviarle, muy bien empaquetada con sus cintitas y todo, la cartera. Con la cartera recibió Joao sus documentos, un billete de veinte duros y una escueta nota. La nota decía: «Usted parece un hombre. Por eso ahí le va eso».

Dice Joao que aquel día se llevó una gran alegría. Y al siguiente embarcó para acá, para Canarias. Le habían dicho, y él lo sabía, que pasaba mucho barco por estas islas y fácil le sería enrolarse.

Vendida la ropa y todo lo vendible que tenía, reloj, pluma, pitillera, sacó Joao su pasaje, subió a bordo y «a navegar se dijo» rumbo a Las Palmas. «Por cierto: me conseguí en la travesía un gran amigo, oficial del barco. Se llamaba..., no recuerdo. Era de Lanzarote, chiquitito».

Joao Cabreiro llegó aquí y organizó su vida de forma tal que nunca le faltara por lo menos el plato de comida diario necesario a todo organismo viviente. Barco que apareciera por el muelle allí estaba él. Si no era posible el enrole siempre alcanzaba el par de dólares, el cartón de cigarrillos, la chaqueta nuevita que vendía enseguida, la botella de whisky...

quien...

En fin, que nunca le faltó al hombre un par de duros en el bolsillo.

~~Duró poco~~ Por eso cuando lo cogieron y lo metieron en la Cárcel por ladrón, yo siempre pensé en la inocencia de Joao Cabreiro. No tenía él necesidad de robar para comer. Nunca le faltó la comida y algo más. Porque si hubiesen sido cuarenta mil pesetas, lo que le robaron a él en Barcelona, por ejemplo, la cosa hubiera cambiado. Pero acusar a un hombre de robar cuarenta duros cuando este dinero lo tenía él siempre con sólo ir al muelle y visitar un barco, es lo que no yo, no precisamente yo, sino nadie que disponga de la dimensión mínima de cabeza normal en todo humano, podrá creer. Estoy seguro que cuando llegó la policía al bar el rateo estaba allí, y viéndose cogido, ágilmente, como los rateros saben hacerlo, introdujo en la americana del inocente la cartera hurtada.

Duró poco Joao Cabreiro en la cárcel. Hay que ser pájaro canario para cantar entre rejas. A los tres meses el hombre estaba deshecho, consumido, hecho un despojo humano. No resistió la prisión. Fue superior a su cordura el encierro. Al verse con las alas cortadas quien como las águilas remontó tanto cielo, al verse paralítico quien tanto corrió por el mundo, el espíritu forzó la suprema libertad evadiéndose a esas regiones inextricables de la locura.

De la cárcel pasó Joao Cabreiro al Manicomio. Y de esta mansión de irresponsables, a la mansión de todos.

En el cementerio hay una tumba pobre y olvidada. Allí una cruz y unas hierbas y una inscripción: «Joao Cabreiro, marinero».

De vez en cuando a la tumba se acerca un hombre. Es el mismo de siempre. Es el amigo, el único amigo; el que solo marchó tras el cajón camino del camposanto. Lo dice el sepulturero.

Dice el sepulturero que él oyó, sobrecogido de espanto, la voz fuerte y honda que saltaba las tapias llorosa la tarde misma del entierro:

¡Qué muerte, Joao Cabreiro, viniste a tener, espantosa! Saliste corriendo con tu locura gritando gritos que partían el alma. Gritabas: «¡Fuego! ¡Frió! ¡Fuego a bordo de la vida! ¡Frió sobre la muerte fría del mar! ¡Fuego a bordo! ¡Frió en el alma!» Hasta que no pudiste más y mediste el muro empujado por tu locura, rematado por la locura...

Pero no te apures, Joao Cabreiro. No estarás tan solo en la tumba. Habrá quien siempre te recuerde. Tú fuiste hijo del mundo y ese cacho de tierra canaria que abriga tus huesos es tierra del mundo. Y tendrás también la madre que te lllore a través del tiempo. Tu fuiste víctima de la ruindad de los hombres. Una más. Porque todos los días, Joao Cabreiro, hay víctimas. Todos los días caen inocentes arrollados por los corceles que cabalgan la cuadriga de los vividores. Todos los días la pillería humana, esa pillería humana que anda por las calles y atropella, hace de las suyas. Todos los días, ~~hay~~ hay una víctima. Esta vez fuiste tú. Y mañana, y siempre, habrá quien caiga. Y nunca faltará una madre que lllore. Esa, Joao Cabreiro, es la tuya, es tu madre que por tí reza y por tí llora.

No te apures, Joao Cabreiro...

I N D I C E

Cuento I.	Don Pedro y su anillo	Pág.	1
» II.	El mamoncito	»	7
» III.	El solterón	»	15
» IV.	Los tres oficios de Santiago «El Ganga»	»	19
» V.	Alma anacrónica	»	25
» VI.	El loquito	»	33
» VII.	Las rarezas de Pancho Santana	»	39
» VIII.	Espectro maldito	»	45
» IX.	La botella	»	51
» X.	Joao Cabreiro, marinero, víctima	»	57

Precio: 25 pesetas